

R723
J55

CIENCIA
Y
FILOSOFIA

J. I. JIMENES-GRULLON

MEDICINA Y CULTURA

CINCO ENSAYOS PRECEDIDOS DE UNA INTRODUCCION

PROLOGO DE
PEDRO RINCON GUTIERREZ

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES / FACULTAD DE MEDICINA

MERIDA
VENEZUELA

SERBIULA

J. I. JIMENES-GRULLON

MEDICINA Y CULTURA

(CINCO ENSAYOS PRECEDIDOS DE UNA INTRODUCCION)

Prólogo de
PEDRO RINCON GUTIERREZ
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES / FACULTAD DE MEDICINA / MERIDA-VENEZUELA

SERBIULA

Queda hecho el depósito legal
Copyright by J. I. Jiménez-Grullón
Mérida, 1961

MEDICINA Y CULTURA

(UNO DE LOS TÍTULOS DE UNA INTRODUCCIÓN)

El autor es

FRANCISCO JIMÉNEZ-GRULLÓN

PROFESOR DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉRIDA

Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

Se terminó de imprimir el 28 de febrero de 1961, en los Talleres
Gráficos Universitarios, Mérida-Venezuela. - Edición de 2.500 ejemplares.

SERBIULA

PROLOGO

SERBIULA

M

El saber médico ha pasado por los más singulares avatares ; desde la escuela itálica de Alcmeón de Crotana hasta Paracelso, y en llegando a los días que corren, magia y ciencia, metafísica y empiria, aparecen extrañamente mezclados en el estudio de las enfermedades. Desde siempre las dolencias del hombre aparecieron como excrecencia de la vida, algo agregado a la materia animada que trabaja por su desintegración, y la búsqueda de causas, — la etiología —, terminó por constituir la única preocupación del médico. Los progresos de la bacteriología, que a partir de Pasteur parecieron señorear el camino de la patología, ya no sustentan los entusiasmos que en un momento dado encendieran. La enfermedad aparece cada vez menos como una razón agregada a la materia viva, y gradualmente se van teniendo en cuenta la totalidad de las funciones, fisiológicas y psíquicas, para la explicación del hecho morboso humano.

Del estudio de la enfermedad en sí se pasó a considerar al hombre enfermo ; este paso adelante, que en su aparente novedad no hizo más que repetir la milenaria experiencia hipocrática, terminó por desembocar en la modernísima psicosomática de corte analítico. Por enésima vez se vuelve a considerar al individuo sano o enfermo, al que puede adquirir una dolencia y al que la sufre, como expresión física y psíquica unitaria o, por lo menos, como producto de un paralelismo psicosomático. Dada la interpretación de la enfermedad en tales términos cabe, y es lógico, saltar a una concepción de la medicina como fenómeno científico, y del análisis heurístico pasar a la consideración de las fuentes mismas y de la categoría de valores que los galenos manejan. Es evidente que si la enfermedad refleja de cualquier modo una alteración del organismo y sus raíces etiológicas se hunden en lo biológico o en lo psíquico, repercuten en el terreno de la organización somática o de la función, o en ambos a la vez, el saber que de ello se ocupa debe regirse por valores particulares que representan, en su cualidad, un aspecto de la técnica. Sea cual fuere el concepto

de lo humano, natural o divino, que sigue estando frente al caso, y si bien se ha trasladado la atención de la enfermedad como ente general al individuo en particular, las consecuencias teóricas siguen siendo las mismas. Existe un hombre enfermo y con él coexiste la enfermedad. El cambio lógico fundamental está en una transposición del carácter de los valores y representa, ontológicamente hablando, la conversión de lo particular en general.

La lógica de los valores rechaza este paso, así como la experiencia del más común de los médicos revela a diario que la generalización no es correcta. La idea de la droga universal, nacida con la invención de la ampolla estéril, el concepto polifarmacológico apuntalado por la gran industria química, han terminado por alienar al médico que, nuevamente, ve en quiebra los valores de su arte y se siente todavía más desarmado que su antecesor del siglo pasado, desprovisto como está de un aparato clínico que aún considerando la enfermedad como ente ajeno al enfermo, lo acerque al individuo que sufre. Carente de los métodos de las ciencias exactas, afrontando a cada momento el "caso excepcional", el médico de nuestros días contempla el derrumbe de los valores científicos que parecieron apuntalar definitivamente su saber. La medicina aparece desarticulada como ciencia, se presenta de nuevo como acopio de datos empíricos y experimentales, y la trabazón que se buscara entre los mismos en base del concepto de enfermedad, se revela ficticia. No son pocos los galenos distinguidos que de nuevo se resignan a hablar de arte de curar y renuncian implícitamente a la pretensión de ciencia.

El cuadro, incluso en sus tintas más atenuadas, es desesperante ; frente a las conquistas de la física, de la química, la medicina continúa manejando en gran parte una débil batería de armas empíricas, y muchísimos de los progresos que en sus límites revelan por un momento porvenir inusitado se pierden pronto, después del brillo circunstancial de un fuego de artificio. El catálogo de las esperanzas fallidas acopia más páginas que la reseña de los éxitos logrados. Las drogas contra la tuberculosis y la sífilis, por ejemplo, prometen — e in vitro lo cumplen a la perfección — la destrucción del bacilo de Koch y de la espiroqueta ; la gama de los tranquilizadores y neurotónicos crece al infinito, y la lista de los antibióticos parece no tener fin. No obstante, la tuberculosis y la sífilis, clínicamente vencidas, continúan aterrando o, peor todavía, muestran curvas de creciente renacer ; las neurosis avanzan a tal grado que no faltan quienes irónicamente aseguran que en poco tiempo los normales serán la excepción. De nuevo el médico se encuentra como su antecesor hipocrático o galénico frente a un callejón sin salida. Sus armas son infinitamente mejores pero el enemigo parece multiplicarse o como los fantasmas del Erebo, que aterraran a Ulises, semejan a sombras entre sombras.

El problema, ya lo hemos comprobado, no se resuelve con nuevos hallazgos farmacológicos o fisiopatológicos. Exige tomar el toro por las astas, y así lo ha comprendido el autor de este libro. Médico de profesión, filósofo de vocación, el profesor Juan I. Jiménez-Grullón se vio, como todos nosotros, ante el dilema que acabamos de plantear y ceñido a los datos de la ciencia médica pero con riguroso razonamiento dialéctico, buscó en una nueva explicación del hombre la razón del hecho morbos. Para nuestro autor la ciencia del hombre descansa en la condición humana que crean circunstancias culturales y socioeconómicas, resultantes en última instancia del devenir histórico que ha terminado, en el plano de la vida, por sustituir muchos de los vectores biológicos que con rígido determinismo actúan sobre las demás especies. La cualidad del hombre asienta en la sociabilidad, y ésta, fenómeno estrictamente humano al decir de Rabaud (1), quien delimita claramente las diferencias entre agrupamientos animales y sociedades, por carecer aquéllos de historia que asegure la continuidad del aprovechamiento instrumental, y poseer éstas la transmisión abstracta con el lenguaje, cambia no solamente las características funcionales del fenómeno vida, sino que concomitantemente traslada a otro nivel la apreciación del fenómeno morbos. La etiología deja de asentar exclusivamente en causas morbosas estrictamente biológicas y psicobiológicas para traspasarse al plano biosocial, y dentro de éste, en resonancias culturales, porque en última instancia la cultura refleja, como demuestra Merani (2), el progreso de adaptación colectiva que ha terminado por suplantarse en el hombre, o por lo menos marcha paralelamente, la adaptación individual.

Desde este punto de vista medicina y cultura aparecen para Jiménez-Grullón indiscutiblemente unidas, pero con una unidad que no es de lo particular a lo general, de un modo de hacer o afirmar la cultura como clásicamente se considera la relación que apuntamos, sino que el quehacer médico trasciende el campo de la biopatología y echa raíces en lo cultural, como expresión completa de lo humano. En la misma medida que las funciones vitales del hombre alcanzan el plano social, cultural, sus proyecciones patológicas devienen en el mismo nivel. Una medicina que quiera abarcar al hombre en su polifacética virtualidad no puede quedar adherida a métodos exclusivamente biológicos; los fines de una ciencia están señalados por el objeto, y si

(1) Rabaud, Etienne : *L'Instinct et le comportement animal*, - Ed. Armand Colin - París, 1949.

(2) Merani, Alberto L. : *Relación entre los valores culturales y científicos en la actual educación superior* - en "Universitas Emeritensis" - Vol. VII - Nº 7 - 1960.

lo humano en estado de salud — medicina preventiva — y de enfermedad — medicina curativa — es el objeto de la moderna medicina, ésta se transforma en antropología y la teoría de la enfermedad se convierte en teoría del hombre.

Las ideas de este libro podrán ser controvertidas en muchos aspectos, incluso es posible no adherir a ellas, pero a nadie quedará la duda de que significan un esfuerzo sincero, profundo, de verdadero médico y filósofo como es el autor, para comprender, deslindar la actual crisis del saber galénico y señalar un rumbo que debidamente ahondado dará magníficos frutos en nuestra Indoamérica, que comienza a vivir de ideas propias y a desechar los préstamos de no siempre buenos quilates que hasta ahora la abrumaron. Las obras anteriores de Jiménes-Grullón merecieron el elogio de la crítica y un favor poco común de los lectores, a ésta le auguramos todavía mejor porvenir y seguros de ello es que aceptamos complacidos la tarea de presentarla al lector.

PEDRO RINCON GUTIERREZ

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE LOS ANDES